

VOLTAJE  
TXEMA MARTÍN

## Fobia a la húngara en Torremolinos

Europa se sacude por una peligrosa oleada de odio y de fobia a la diversidad



**S**e equivoca quien piense que los derechos adquiridos son irreversibles, o que los espacios de libertad que se han conquistado permanecerán siempre en su sitio. No es así, y el tiempo actual demuestra que sobre nuestro cielo de arcoíris hay nubes negras intentando amargarnos la vida mediante el odio. Cada vez se conocen más agresiones contra la libertad, y muchas de ellas se producen en grandes ciudades como Madrid o Barcelona, lugares que siempre han sido considerados 'espacios de libertad'.

Europa se sacude por una peligrosa oleada de odio. El gobierno de Orbán en Hungría ha aprobado una ley homófoba que se suma a las ya promulgadas en Polonia, donde más de cien municipios rechazan de manera abierta la diversidad sexual con la elaboración de 'zonas libres de ideología LGTBIQ', es decir, un mapa con lugares en los que homosexuales, transexuales y bisexuales no son bien recibidos. No son casos aislados: las iniciativas en estos dos países cuentan con el visto bueno de República Checa, Eslovenia, Rumanía y Bulgaria.

Las advertencias de la Unión no son suficientes, como tampoco lo son las firmas de manifiestos ni las palabras vacías. Votamos la Constitución Europea, menos avanzada que la española en cuestión de derechos y libertades, porque nos dijeron que así se podría asegurar la libertad y la convivencia en todos los países europeos. La UE debería suspender el voto en el Consejo a los socios que violen sus valores y, del mismo modo, amonestar de manera explícita y tantear la expulsión de cualquier gobierno homófono por una vulneración clara de los valores del territorio común: eso es lo que la mayoría de los europeos están esperando.

Hablamos de países del viejo continente, pero para sentir el odio no hay que irse tan lejos; basta con coger el Portillo. Ayer, día del Orgullo, Torremolinos amaneció con pintadas que insultaban una campaña por la diversidad, justamente en un municipio caracterizado por su diversidad y con un consistorio que la promueve, y que no la oculta. Se trata de una minoría ruidosa a la que quizá le estemos dando demasiada importancia, pero hay que mantenerse siempre alerta. En la capital malagueña, por su parte, el alcalde Francisco de la Torre parece continuar en su empeño que la ciudad acoja una sede de la Universidad Católica de Murcia, una institución marcada por la LGTBFobia, y en cuya comunidad un partido nacionalista y populista se ha alzado con cotas de poder, como puede ocurrir muy pronto en nuestra comunidad. No hay que vivir con miedo, pero tampoco podemos mirar para otro lado. Hay que combatir el odio con visibilidad y con orgullo, que es lo contrario a la vergüenza.



LA TRIBUNA

# Servicios sociales del siglo XXI

ANTONIO LÓPEZ PELÁEZ  
Catedrático de Trabajo Social de la UNED

**A**gotados por la pandemia, estamos deseando volver a la normalidad. A lo que fue. A nuestra vida. Pero, como en todas las grandes catástrofes de la historia, lo que viene no es lo que había. Ni nosotros somos los mismos que éramos hace tres años. Para mí, esta pandemia ha supuesto el inicio del siglo XXI. Continuamos con la inercia de pasado, es verdad, seguimos siendo sociedades capitalistas en las que la lógica el beneficio, el interés y el intercambio permiten un lenguaje común en todo el planeta, como señala Branco Milanovic en su libro 'Capitalismo, Alone' (2019). Seguimos inmersos en un proceso de digitalización acelerada. La globalización también se ha acelerado, y el virus está entre nosotros. No ha sido el primer virus, y no será el último. Sin embargo, lo que ha cambiado, lo que está germinando como novedad en esta tercera década del siglo XXI, es precisamente la prioridad del 'cuidado'.

Desde el cuidado de la naturaleza hasta lo que se denomina cuidado con compasión de los enfermos terminales, las políticas del cuidado se abren paso en una sociedad que redescubre la colaboración como estrategia de supervivencia, y el cuidado como modelo relacional entre sujetos con derechos, entre conciudadanos. Desde la perspectiva del cuidado, en términos orteguianos, descubrimos una realidad externa que resiste a nuestros deseos, con dignidad propia, y cuya trayectoria debe articularse con la nuestra a través de procesos de cooperación, de colaboración, de diseño conjunto. Las disyuntivas exclusivas (la naturaleza o nosotros, nuestro beneficio o el de los otros) no son útiles para abordar problemas conjuntos. La negación del otro no es una estrategia posible, porque los demás somos nosotros.

En este sentido, la emergencia del cuidado como nueva aproximación o paradigma, como nuevo punto de partida, coexiste con uno de los epígonos del siglo XX: un movimiento de afirmación de lo propio y negación de lo ajeno, una exaltación de las comunidades cerradas sobre sí mismas, una defensa de las burbujas colectivas en las que vivimos, y que tanto se refuerzan en las redes sociales. Un reto decisivo para el siglo XXI tiene que ver con la prioridad de una u otra opción, casi en términos ontológicos: ¿Tendrán prioridad las dinámicas exclusivas e identitarias (donde el movimiento básico es negar la legitimidad del contrario) o avanzaremos en una redefinición de nuestras relaciones y nuestras administraciones desde la prioridad de los cuidados?

Los cuidados siempre han estado ahí. No solo 'somos' porque hacemos (al modo marxista), o porque vivimos en la ciudad (al modo aristotélico). Si miramos nuestras trayectorias desde el nacimiento, la realidad es otra. Somos porque nos cuidaron, porque cuidamos, y porque nos cuidarán. Los servicios sociales y los profesionales del cuidado (desde la salud hasta el trabajo social) son un buen punto de referencia para articular un discurso sobre el 'cuidado' como elemento básico de la identidad humana. Desde el 'cuidado' podemos integrar el disenso, la competencia, la solidaridad, el altruismo. Y también podemos afrontar, por qué no decirlo, los conflictos que asolan nuestras vidas personales y nuestra convivencia con los que siendo iguales, a veces nos quiebran mal, solo se quieren a sí mismos, y nos consideran mercancía encargable y dispuesta ahí para su puro interés (en el sentido de la Bestand heideggeriana).

En los servicios sociales, como en el ámbito sanitario o en la educación, las

políticas del cuidado implican desarrollar una ética de los cuidados que ponga en el centro las trayectorias de nuestros conciudadanos. No podemos limitarnos a adjudicar prestaciones, o a tramitar certificados sobre nuestros usuarios que nos piden otras administraciones. Los servicios sociales del siglo XXI van a ser los servicios sociales del codiseño, de la coparticipación, de la implicación, de la cooperación. El cuidado nos obliga a una visión holística, que va más allá de la prestación puntual de un servicio, y que toma en cuenta la trayectoria personal, grupal y comunitaria. En definitiva, el cuidado nos remite a la realidad externa, sea la naturaleza o nuestros conciudadanos. Una realidad con identidad propia que debe ser tomada en consideración, y debe participar en la definición, evaluación y resolución de sus problemas, que son de todos.

El cuidado pone en valor la cooperación y la dignidad, un punto de vista necesario para gestionar el disenso y el conflicto sin dejarnos arrastrar por la negación del contrario. Si tenemos que elegir una perspectiva, una mirada, un punto de vista, las políticas del cuidado nos permiten un acercamiento más realista y más efectivo a nuestra vida personal y a nuestra sociedad superdiversa. De la elección que tomemos en torno a esta cuestión (priorizando el cuidado y la ciudadanía, o por el contrario priorizando nuestro particular enfoque y deslegitimando al resto) va a depender el presente y el futuro de nuestras sociedades, y la configuración específica de nuestros servicios sociales. Tenemos que redefinirlos ahora para cuidarnos. Y ojalá nuestros conciudadanos nos cuiden en el futuro, con unos servicios sociales a la altura del siglo XXI.

JUAN FRANCISCO FERRÉ

## Bozal



**M**e quito el bozal y soy otro. Me quito el bozal y se derrumban las mentiras que nos han contado desde que empezó la pesadilla. Me quito el bozal y me transformo en el hombre de la verdad. Qué trabajo nos cuesta decir la verdad en este país. Vivimos instalados en la mentira desde hace tanto tiempo que ya ni nos acordamos de cuándo comenzó a gobernar la falsedad. No fue con el régimen del 78, como pretenden los nacionalistas, esos grandes amigos de la verdad. Fue mucho antes. Ya en tiempos del hombre de Atapuerca, si no recuerdo mal, nuestros enemigos nos llamaban mentirosos. Qué se le va a hacer. Es nuestra verdad atávica como pueblo.

En Estados Unidos, en cambio, desde que cayó Trump y Biden ascendió al cielo

del Capitolio, la verdad resplandece como una sonriente heroína de Marvel. No hay más que ver su televisión para comprobarlo. Comparadas con las nuestras, tan sanchistas, las televisiones americanas parecen comisiones de expertos. El bueno de Biden dio la orden hace unos meses de que se investigara el origen del virus. No quiere que las mentiras ensucien su mandato y den al traste con su reelección. Con las mascarillas han caído todos los tabúes sobre la pandemia y da gusto ver a la plana mayor de la izquierda liberal del espectáculo televisivo americano, desde Jon Stewart a Bill Maher, paseándose alegremente por los platos para anunciar la buena nueva. El coronavirus es tan artificial como el ketchup y China la responsable de su expansión incontrolada.

Nadie se cree ya la fábula confuciana del murciélago y el pangolín. Y denuncian en voz alta el silencio cómplice y la manipulación científica de la verdad. Estamos en deuda con la ciencia, dice Jon Stewart con retranca, por la ayuda prestada para aliviar el dolor en una pandemia que la ciencia misma ha creado. Así de simple es la verdad. Y no debe darnos miedo, ni asco. El laboratorio puntero de Wuhan es el lugar de donde escapó el maldito bicho. Todo lo demás es pura ocultación de la verdad. La mentira más grande jamás contada.

En España nos hemos creído el cuento chino tan al pie de la letra, como un dogma de fe, que costará mucho olvidarlo. Ojalá no haya que esperar a que Sánchez se vaya de la Moncloa para enterarnos de la verdad de manera oficial. Esperemos que Biden, en uno de esos saludables paseos que suelen dar juntos en las cumbres europeas departiendo sobre lo divino y lo humano, acierte a transmitirle las ventajas políticas de la verdad. Quitate el bozal, hermano. La verdad te hará libre.